

VERÓNICA E. LLACA

LA HERENCIA

© 2021, Verónica Escalante Llacá

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar

Fotografía de portada: © iStock

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2021

ISBN: 978-607-07-7751-6

Primera edición impresa en México: agosto de 2021

ISBN: 978-607-07-7731-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Primer fragmento

Érase una vez una mujer a quien la prensa llamó la Mujer Hiena. Descuartizadora de Pequeñuelos. Bruja. Destazadora de Niños. Trituradora de Angelitos. Monstruo. La Ogresca de la Colonia Roma.

Julián y yo la llamábamos *madre*.

Su nombre era Felicitas Sánchez Aguillón.

Tu abuela.

No estoy seguro de los motivos que me llevan a contarte la historia de mi madre. Nuestra historia. Nadie puede recordar la totalidad de su vida, solo fragmentos: caprichos del cerebro que esporádicamente nos envían un montón de neuronas engañosas e incapaces de recordar una escena completa, solo pedazos de la obra que por fuerza tuvimos que interpretar.

Debo contártelo, sin embargo, desde las gradas, en un asiento alejado de la primera fila, perdido entre la multitud, lejos del escenario donde me tocó representar el papel de hijo de una asesina.

Nació en 1890, en la entonces hacienda de Cerro Azul, nombre perfecto para ser la cuna de una princesa de cuento de hadas, no el lugar de nacimiento de una ogresa.

En el caserío enclavado en la zona de Huaxtecapán, donde con el mismo movimiento se espantaban las moscas y el calor, se cultivaban el maíz, el frijol y el letargo como estilo de vida. Los trabajadores de la hacienda, indígenas en su mayoría descendientes de la etnia huasteca, terminaron tan oprimidos por los conquistadores que se dejaron vencer por el sopor y el embotamiento

de ese clima que apelmazaba la pobreza con las ganas de moverse, al punto que la región del norte de Veracruz llegó a ser conocida como la Bella Durmiente. Casualidad que no deja de sorprenderme: en el cuento de *La Bella Durmiente* de Perrault, se habló por primera vez de una ogresa.

La madre de Felicitas, mi abuela, tuvo alguna tara de nacimiento, que la ignorancia hizo que se confundiera con el cansancio característico de sus parientes. A los quince años, con una mentalidad de siete y el cuerpo en desbordado desarrollo, menstruando cada veintiocho días, fue violada por un primo y de ese acto nació mi madre. Creció encerrada en un corral, madre e hija recluidas por orden del patrón, quien calificó como aberrantes los gruñidos y gemidos de mi abuela, que sobresalían de entre los cantos de los pájaros, los graznidos de los patos y los aullidos de los coyotes.

No. No fue así. Imagino. Invento.

Mi abuela murió un día después de dar a luz, parió en cuclillas y dejó caer a la niña sobre una cobija que cubría el piso de tierra, se recostó con la criatura sobre un colchón sucio y se quedó dormida hasta que ya no le quedó sangre en el cuerpo. La niña creció abandonada, desnuda sobre el mismo colchón orinado, defecado, criada por mi bisabuela que mendigaba para mantenerlas y que de vez en cuando se acercaba a darle un biberón sin levantarla...

Tampoco.

Intento fabular un pasado que desconozco: el nacimiento de mi madre. Ignoro su infancia, su adolescencia, gran parte de su adultez. Poseo datos generales como la extrema pobreza del caserío donde nació, trabajadores de una hacienda asentada sobre un enorme manto petrolífero, de la que se despojaría a sus dueños con una icónica frase: «O me vende o le compro a su viuda». Los campesinos tuvieron que convertirse en trabajadores de las empresas petroleras; construyeron pozos, vías de ferrocarril, casas, carreteras; dejó de ser un caserío y la población se multiplicó.

Su familia jamás imaginó que la tierra caliente donde habitaban, aislada del mundo por una naturaleza voraz y exuberante, rodeada de montañas que la incomunicaban y una temperatura que alargaba y derretía las horas, se convertiría en un municipio activo.

Cuando me decidí a rastrear las raíces de mi madre quise ponerme en contacto con algún familiar, encontré en el registro civil su acta de nacimiento y los nombres de mis abuelos, pero dejé pasar tanto tiempo que no pude localizar a ningún pariente cercano. Me falta conocimiento e imaginación para narrar cómo llegó a convertirse en una anomalía.

La ciencia explica, como si fuera una receta, que para moldear a un asesino se necesita de un ambiente familiar fallido, padres violentos, alcohólicos, quizá algún pariente cercano con una enfermedad mental. Maltrato físico y psicológico infantil grave. Una madre negligente, fría, distante, sin contacto físico o calor afectivo. Distintos traumas: abuso infantil, rechazo escolar. Drogas, desórdenes sexuales. Sumemos, además, la herencia, el juego de la genética. Debería de existir una alarma que se active cada vez que una anomalía llega al mundo para estar atentos a su crecimiento o para deshacernos de ella al instante. Quizá mi abuela presintió el destino de su hija y quiso salvarla bautizándola con ese nombre feliz.

Mi madre nunca rebasó el metro y medio de estatura, casi una enana de complexión ancha, manos y pies desproporcionados, ojos que parecían estar a punto de salirse de sus cuencas y marcada mandíbula de caimán. En las primeras horas de la mañana, cuando la niebla no se había levantado, su figura carnavalesca y su talla debían transfigurarla en una alucinación, una ogresa cuando todavía no comenzaba a serlo, o quizá siempre lo fue.

En 1907, a los diecisiete años, en plena explotación petrolera de la Huasteca, Felicitas dejó Cerro Azul para trabajar en Xalapa, donde una prima la había recomendado para el puesto de empleada doméstica en casa de un médico. Sin embargo, a la esposa

del galeno la intimidaron su tamaño, su temperamento irritable y su silencio. El médico la contrató como intendente en su recién inaugurada clínica, donde, entre otras dolencias, se atendían partos. Después de un tiempo, contagiada por el ambiente de servicio, se interesó por convertirse en enfermera. Bajo la supervisión del médico llegó el día en que cambió sus vestidos de manta por el uniforme de enfermera, los huaraches por zapatos, y descubrió su fascinación por el calzado. Se dedicó con ahínco a estudiar, sin atisbar en ningún momento el próspero negocio que haría veinte años después.

Confieso —y detengo aquí esta... ¿biografía?— que descubro un motivo muy oscuro para escribir la historia de mi madre: justificar ante ti mis propias acciones. Escribo para expiar, para extirpar.

Al año de haber comenzado a trabajar en la clínica, Felicitas ayudaba a recibir niños, y dos años después regresó a su pueblo. Veinticuatro meses de trabajo e instrucción en enfermería le valieron para convertirse en autoridad en un sitio donde difícilmente se estudiaba la primaria —ella misma cursó hasta tercer grado.

Mientras los vientos de la Revolución soplaban en la República, la geografía protegía el entorno donde Porfirio Díaz impulsaba la explotación petrolera. El ritmo de los barriles de petróleo que se extraían a diario marcaba el crecimiento del pueblo. Llegaron extranjeros, principalmente estadounidenses, algunos con su familia, gente de otros estados que llevaban tiempo laborando en la Huasteca Petroleum Company. El crecimiento trajo a Felicitas más partos por atender, además de las familias nuevas o los hijos que los trabajadores de las petroleras regaron por toda la Faja de Oro.

Nuestra vida debe estar escrita en alguna parte del cuerpo, con un lenguaje que todavía no desciframos, en las líneas de las manos, las crestas de las huellas dactilares, las arrugas, los lunares o las manchas de la piel. Pienso en los troncos de los árboles, en los

círculos concéntricos cuyo número corresponde a la vida del árbol y a las estaciones lluviosas o secas. Mi madre tendría algunos círculos más profundos que otros, momentos en los que debería haber una música de fondo, algún efecto de sonido que nos alertara, como en las películas, de que todo iba a cambiar: un hombre, Carlos Conde, mi padre, apareció en su vida.

Edward Dawson, socio de una de las petroleras, conoció en San Luis Potosí a Carlos Conde, uno más de los trabajadores en las perforaciones. Mi padre se esforzaba por ser distinto a los demás, no utilizaba los enormes sombreros como la mayoría de los mexicanos, sino unos más pequeños, aprendió un rudimentario inglés e imitó en lo posible el modo de vestir de los estadounidenses. Hijo de madre soltera, trabajó desde los catorce años en la mina La Concepción, hasta el incendio en el tiro que provocó su cierre. Entonces ya se explotaban los yacimientos de petróleo en la región, donde obtuvo un empleo en la perforadora de Dawson. El norteamericano se lo llevó con él a Veracruz, ahí se estableció junto con su esposa Dorothy.

En noviembre de 1910, en pleno estallido de la Revolución, Dawson ordenó a Conde buscar una partera para llevarla con su mujer a punto de parir. El parto se había adelantado y la guerra impidió que un médico extranjero llegara a tiempo. Dorothy Dawson la despidió con el argumento de que ninguna india la iba a tocar, pero no pudo decir más porque las contracciones se aceleraron y no tuvo más remedio que aceptar que la atendiera. Fue un alumbramiento complicado del que nació una niña que vivió pocos días.

Cuando mi madre regresó a su casa se miró en el espejo del baño y se sintió india, muy india; no le gustó. Buscó unas tijeras y cortó su larga y negra trenza.

De aquel parto desgraciado algo nació fuerte y sano: una morbosa curiosidad de Carlos Conde por la partera; le gustó

su destreza y seguridad a la hora de atender a una mujer que no hablaba su mismo idioma y la despreciaba por su condición indígena.

Comenzó a visitarla atraído por la fuerza de ese hoyo negro que era mi madre, ignorante de que nada, ni materia ni energía, ni siquiera la luz, puede escapar de él. Felicitas, nada acostumbrada a la visita de un hombre, no quiso recibirlo en el cuarto donde vivía, se calzó los zapatos que había comprado en Xalapa y se dejó llevar por la sorpresa de que alguien tuviera alguna atención con ella. No comprendo lo que hubo entre mis padres, amor o alguna sensación parecida. Lo que sí existió fue una sociedad sin papeles firmados, un oscuro negocio.

En la cadena de acontecimientos que engarzaron el destino de mis padres, una mujer, casi una niña, rehusó quedarse con la hija que acababa de parir, producto de la violación de uno de los hombres que llegaron con las petroleras. «No la quiero. Véndela, búscale otra madre, otra familia, haz con ella lo que quieras, te pagaré por hacerlo». La niña, hija de una india morena, nació con la tez clara y los ojos azules, parecida a cualquiera de los ingenieros estadounidenses que explotaban la región. Carlos Conde la ofreció a Dorothy Dawson, quien inesperadamente la compró. Ese fue el primer eslabón al que se le unirían decenas de otros eslabones. Se corrió la voz y llegaron otras mujeres con distintas razones, quienes pagaron a Felicitas por deshacerse de sus hijos; ella les buscaba otras familias y los vendía.

Felicitas y Carlos Conde se casaron el 6 de junio de 1911, año en que la Revolución mexicana provocó la caída del gobierno de Díaz y arrastró consigo el mercado mexicano del petróleo. Se interrumpieron las vías férreas, se destruyeron trenes y muchos extranjeros salieron del país. Los Dawson se quedaron y criaron a su hija, mitad gringa, mitad mexicana, en esa región que parecía inagotable.

Una mañana de mayo de 1914, días después de que las fuerzas estadounidenses desembarcaran en el puerto de Veracruz,

Felicitas dio a luz a una niña, mi hermana. En la Huasteca, el sentimiento antiyanqui era más fuerte que el revolucionario, el movimiento armado parecía estar destinado a expulsar a los extranjeros. Más que un ejército, lo que existía eran grupos aislados, bandas de ladrones que merodeaban, robaban y amedrentaban a los pueblos y los campos petroleros. Se presentaron cinco hombres armados con pistolas y machetes en casa de mis padres; era de noche y los tres dormían. Se despertaron por el ruido de vidrios rotos, a mi padre lo sacaron de la cama y lo molieron a golpes. Los hombres, borrachos, sabían que trabajaba con Dawson. «¿Te gusta la verga de los gringos, cabrón? A tu pinche vieja le va a gustar la mía».

Trató de levantarse, la sangre le escurría por la frente y le entraba a los ojos cegándolo, no pudo ver el movimiento rápido y preciso que le fracturó el brazo derecho. Cayó al piso y se hizo un ovillo con el brazo pegado al pecho, cuando una patada en la cara le hizo perder el sentido. Oscuridad. No vio cuando arremetieron contra mi madre, ni escuchó sus gritos entremezclados con los aullidos de los hombres. Cuando despertó la encontró sentada en la cama revuelta con el rostro golpeado, hinchado, amoratado. Felicitas mecía entre sus manos lo que parecía un bulto de cobijas.

Él llegó a gatas hasta su lado, la sangre se le escapaba por el sitio donde estaban expuestos el cúbito y el radio. Ella levantó la vista y luego la devolvió al bulto. Una piernita se escurrió entre los pliegues de las telas. Lo que sucedió después, cómo llegó a la elemental clínica donde atendían a los empleados de la petrolera, nunca lo supo. Cuando lo dieron de alta regresó a su casa, junto a su mujer, donde enterraron a su hija de cinco meses bajo paladas de silencios incómodos.

Veintisiete años después, cuando estuvo en la cárcel, tirada en el suelo junto a los barrotes de su celda, mi madre gritaba que la dejaran salir porque debía irse a cuidar a su hija.

UNO

Viernes 30 de agosto, 1985
5:00 h

El viento no la dejó dormir, se filtró a hurtadillas en sus sueños y entonó una nota que revoloteó en los oídos de Virginia como palomilla en la luz, con un canto muy parecido a un estertor, una pesadilla que parecía emanar de los cuerpos que prepara en la funeraria. Cinco años han transcurrido desde que se casó con el dueño de Funerales Aldama y aún no se acostumbra a la muerte.

Busca su reloj sin encender la luz, tantea en la mesa de noche para no despertar a su marido, oprime el botón del centro, que ilumina parte de su rostro con un tono azulado. Son las cinco de la mañana. Temerosa de que la pesadilla regrese se levanta, se pone una bata azul cielo sobre el camisón y entra al baño. Sentada en el escusado se da cuenta de la humedad de sus calzones. Le pasa tras un mal sueño. «Un día de estos voy a mojar la cama», piensa mientras cambia su ropa interior.

Luego de lavarse los dientes se observa en el espejo, arregla su cabello con los dedos antes de salir de puntillas de la recámara para bajar a la funeraria. En el salón donde exhiben los féretros pasa el dedo sobre la tapa de uno de ellos y piensa que le tomará la mañana entera sacudirlos. Corre el pestillo de la puerta y sale armada con la escoba a barrer la tierra, la basura que el vendaval nocturno arremolinó en la banqueta.

Sobre la puerta cuelga un letrero: «Funerales Aldama». Los faroles comienzan a apagarse mientras los rayos del sol limpian la oscuridad. Apoya la escoba en el suelo y la claridad se extiende permitiéndole ver un bulto recargado en la pared del local, justo debajo de la ventana.

Se acerca, despacio, entrecierra los ojos para afinar la vista y mira de nuevo a la muchacha sentada en la banqueta. Alarga una mano y la sacude por un hombro. La joven no se mueve, parece dormida. Borracha, piensa. El sol sube un poco más y Virginia comprueba lo que ya sabe de antemano. Se acucilla despacio, todos los días ve muertos, pero nunca afuera del local.

Una vecina se acerca por detrás, Virginia no escucha sus pasos, concentrada en el rostro violáceo de la difunta.

«¡Virginia!», le grita y provoca que dé un salto y caiga de espaldas. La mujer corre a ayudarla. Virginia trata de acomodarse el camisón que ha dejado al descubierto los calzones que acababa de cambiarse y señala a la muchacha frente a ella. La vecina ahoga un grito con las manos en la boca y mira a la joven sentada en el piso con las piernas abiertas, las manos sobre un abultado abdomen de embarazo, la mirada amortajada, la boca abierta, el cabello largo, castaño, revuelto, y el maquillaje convertido en una máscara escurrida que acentúa el rictus.

Vociferan a coro y alertan a las casas cercanas. El esposo de Virginia, el señor Aldama, es el primero en llegar hasta las dos mujeres. Toma del brazo a su esposa, la ayuda a levantarse y ella se refugia en su pecho.

«¡Llama a la policía!», ordena el señor Aldama al hijo de la vecina, quien curioso se acerca a observar la muerte por primera vez.